lección 7

5 al 12 de noviembre

La senda **que conduce a la fe**

«Pero la Escritura declara que todo el mundo es prisionero del pecado, para que mediante la fe en Jesucristo lo prometido se les conceda a los que creen».
Gálatas 3: 22



Edición distribuida por:
RECURSOS ESCUELA SABATICA ®

Gálatas 3: 23-25

Introducción
Una victoria diferente

Era el partido final del campeonato. El silbato suena y el juego comienza. Sin embargo, hay algo raro: uno de los miembros del equipo se detiene continuamente para leer algo. ¡Está leyendo las reglas! Luego otro jugador del mismo equipo acude de continuo a preguntarle al árbitro si cada una de las jugadas que él realiza es válida. También se observa que el guardameta saca una cinta métrica para confirmar a qué distancia está de la red. ¡Este va a ser un juego con muchas demoras!

La fe es la clave.

En nuestra vida cristiana, si nos mantenemos consultando continuamente las reglas y comparándonos con la ley (los Diez Mandamientos), nunca avanzaremos. En lugar de ello, nuestra mirada debe estar fija en Cristo. Pablo se refirió a esto cuando dijo: «Así que la ley vino a ser nuestro guía encargado de conducirnos a Cristo, para que fuéramos justificados por la fe» (Gál. 3: 24).

¿Significa esto que descartamos la ley? No. Los Diez Mandamientos son sencillamente un esquema para el «juego» de la vida. Ahora veamos un escenario diferente de aquel juego por el campeonato. Quedan dos minutos y el juego está empatado. Tú eres uno de los jugadores y el entrenador le ha pedido al equipo que haga una jugada que no tiene mucho sentido. Nunca antes has visto esa jugada por lo que no estás seguro o segura que funcionará. Pero, decides que vas a intentarlo. Mientras corres por la cancha, el balón queda frente a tus pies. El guardameta te mira fijamente. Pateas la bola. ¡Anotas un gol! Al concluir el juego con una victoria para tu equipo contemplas el rostro sonriente del entrenador.

El asunto es que jugaste de acuerdo con las instrucciones y no siguiendo las reglas. Las mismas nos ayudan, pero no constituyen el juego. Pablo afirma: «Pero ahora que ha llegado la fe, ya no estamos sujetos al guía» (Gál. 3: 25). La fe es la clave; pero, ¿cómo encaja eso con la ley? Al estudiar la lección de esta semana, descubrirás la respuesta para esta y otras preguntas. Mientras exploras el tema, podrás adquirir conocimientos y ser bendecido o bendecida por lo que descubras.

Rebecca Poole, Perth, Western Australia

domingo
6 de noviembre

Logos

Viviendo en la ley espiritual

Levítico 18: 5; Romanos 3: 1, 2, 9-19; 8: 1-4; 1 Corintios 9: 20; Gálatas 3: 21-25

Decretos leyes y libertad (Lev. 18: 5; Rom. 8: 1-4; Gál. 3: 21-25)

Levítico 18: 5 afirma que Dios ha expresado una orden que su pueblo debe obedecer. La misma presenta algunos límites que Dios estipula respecto a la conducta sexual. «Nadie se acercará a ningún pariente cercano para tener relaciones sexuales con él o con ella. Yo soy el Señor» (Lev. 18: 6). ¿Por qué Dios manifestó tan claramente sus normas? Por la sencilla razón de que obedecer sus leyes propicia una mejor vida. «Observen mis estatutos y mis preceptos, pues todo el que los practique vivirá por ellos. Yo soy el Señor» (Lev. 18: 5).

Isaac observó la obediencia de su padre Abraham y disfrutó los beneficios de la misma. Dios también le dijo a Isaac: «Multiplicaré a tus descendientes como las estrellas del cielo, y les daré todas esas tierras. Por medio de tu descendencia todas las naciones de la tierra serán bendecidas». ¿Por qué Dios diría eso? «Porque Abraham me obedeció y cumplió mis preceptos y mis mandamientos, mis normas y mis enseñanzas» (Gén. 26: 4, 5).

Pablo asevera que la ley fue instituida con el fin de llevarnos a Cristo y para que fuéramos justificados por la fe (Gál. 3: 24). ¡Qué gran transformación! ¡De ser hallado culpable por la ley y condenado a muerte a ser libertado mediante la fe en Cristo!

En vista de lo anterior, quizá podrías preguntarte si en realidad necesitamos obedecer la ley. Pablo afirma: «Concluimos, pues, que la ley es santa, y que el mandamiento es santo, justo y bueno» (Rom. 7: 12). Es más, Jesús les dice a sus discípulos: «El que me ama, obedecerá mi palabra, y mi Padre lo amará, y haremos nuestra vivienda en él» (Juan 14: 23). No podemos escondernos de estas declaraciones. La ley de Dios es un reflejo de su carácter. Su ley lo describe a él y en consecuencia nos pide que actuemos por amor. Los discípulos tuvieron la oportunidad de interactuar con Jesús cara a cara. Esa fue la experiencia de Pedro en la ribera del lago cuando Jesús le preguntó tres veces si lo amaba. Jesús hoy nos hace la misma pregunta (Juan 21: 15-17).

Sin embargo, no pienses que el costo que implicaba la ley y su condena fue algo sin importancia. El precio fue pagado por Jesús, el hijo de Dios. Fue el mayor precio jamás pagado. Como pecadores, merecemos la muerte eterna. De hecho, debemos morir. Sin embargo, Jesús asumió nuestros pecados. Parafraseando una antigua declaración teológica diríamos que Jesús se hizo como nosotros para que nosotros podamos ser como él es.[1]

¿Ventajas judías? (Rom. 3: 1, 2, 9-19)

Pablo menciona que los judíos tenían cierta ventaja sobre los demás. ¿En qué consistía dicha ventaja? En Romanos 3: 2, él afirma que a los judíos se les habían confiado las mismas palabras de Dios. Más adelante, completa la lista de ventajas con lo siguiente: Adopción, gloria divina, pactos, la ley, la adoración en el templo

y las promesas concernientes al Mesías y a su reino (Rom. 9: 4, 5). Por todas esas razones los judíos gozaban de ciertas ventajas. Sin embargo, notemos que las mismas tenían que ver con el desarrollo de la salvación y no con la salvación en sí misma.[2]

Jesús se hizo como nosotros, para que nosotros seamos como él es.

La historia de la salvación es algo maravilloso, pero la salvación no se vincula a grandes sucesos o expectativas. Pablo les recuerda a sus lectores que los judíos y los gentiles estaban igualmente sujetos al pecado. Él presenta un convincente resumen respecto a dicho tema. Todos deben callar ante dichos argumentos, y todos deben responder ante Dios. «No hay un solo justo, ni siquiera uno» (Rom. 3: 10).

Sin fronteras (1 Cor. 9: 9, 20)

En 1 Corintios 9: 20 observamos la preocupación de Pablo por su propio pueblo. Recordemos que anteriormente Pablo era un judío legalista que perseguía a los nuevos cristianos. Aquí, sin embargo, él muestra su interés por la salvación de los judíos y por todos aquellos que estaban «bajo la ley». Algunos ejemplos de la dedicación de Pablo a esta causa incluyen haber circuncidado a Timoteo ya que los judíos de aquella localidad sabían que el padre de este era griego. Aquello constituyó una acción importante para establecer vínculos con los judíos de dicho lugar (Hech. 16: 3). En otra ocasión Pablo pagó para que cuatro hombres se cortaran el cabello con el fin de participar junto a ellos en determinados ritos de purificación. Al demostrar su obediencia a la ley Pablo deseaba obtener la aprobación de los judíos.

Finalmente, Pablo declara que desearía que los judíos se sintieran envidiosos de los gentiles para que así ambicionaran la salvación que los gentiles ya disfrutaban (Rom. 11: 14).

PARA COMENTAR

1. ¿Cuál es la diferencia entre la supervisión que la ley ejerce sobre ti y la que Cristo ejerce?
2. ¿Qué nos enseña el método utilizado por Pablo para compartir el evangelio? ¿En qué forma podrías aplicar sus métodos en el lugar donde vives?

---

1. Douglas J. Moo, *Encountering the Book of Romans* (Grand Rapids: Baker Academic, 2002), p. 133.
2. Ibid.

lunes
7 de noviembre

Testimonio

Confianza y obediencia

Eclesiastés. 12: 13, 14

«La obediencia a la ley de Dios es santificación. Hay muchos que tienen ideas erróneas con respecto a esta obra que se realiza en el alma, pero Jesús oró para que sus discípulos pudieran ser santificados por medio de la verdad y añadió: "Tu palabra es verdad". La santificación no es una obra instantánea sino progresiva, así como la obediencia es permanente».[1]

«La muerte de Cristo no cambia, anula o debilita en el menor grado la ley de los Diez Mandamientos».

«Cristo señala aquí a dos señores: Dios y el mundo, y nos revela claramente que resulta simplemente imposible servir a ambos. Si predominan nuestro interés y amor por este mundo, no apreciaremos las cosas que sobre todas las demás son dignas de nuestra atención».[2]

«La muerte de Cristo no cambia, anula o debilita en el menor grado la ley de los Diez Mandamientos. Esa preciosa gracia ofrecida al hombre por medio de la sangre de Cristo, establece la ley de Dios. Desde la caída del hombre, el gobierno moral de Dios y su gracia son inseparables. Van de la mano a través de todas las dispensaciones».[3]

«Tanto el carácter de José como el de Daniel son buenos modelos para ellos, y en la vida del Salvador tienen un dechado perfecto».[4]

«A todos se les da oportunidad de desarrollar el carácter. Todos pueden ocupar sus puestos señalados en el gran plan de Dios. El Señor aceptó a Samuel desde su infancia porque su corazón era puro. Había sido dado a Dios como ofrenda consagrada, y el Señor hizo de él un conducto de luz».[5]

PARA COMENTAR

¿Si la ley es un reflejo del carácter divino, cómo podremos guardarla efectivamente?

---

1. *Cada día con Dios*, p. 146.
2. *Consejos para la iglesia*, p. 224.
3. *La fe por la cual vivo*, p. 91.
4. *Consejos para los maestros,* p. 523.
5. *Ibíd.*

Bruce McCourt, Perth, Western Australia

Gálatas 3: 23-25; 5: 18

Evidencia
Ayos y tutores

Cuando Pablo se dispuso a explicarles a los cristianos de Galacia cuáles eran las funciones de la ley, utilizó una ilustración basada en algo que ellos veían a diario: la labor de un tutor de un niño o adolescente. Los padres griegos y romanos utilizaban a tutores o ayos para que se encargaran de cuidar e instruir a sus hijos. Por lo general eran esclavos varones de mayor edad y de confianza. Los tutores acompañaban a los niños a todo lugar. El tutor se aseguraba de que el niño, o los niños a su cargo estuvieran bien presentables. Los llevaban a la escuela y los ayudaban a transportar los artículos escolares que quizá incluían algún que otro instrumento musical.[1]

La genuina adoración estimula la humildad y alimenta la fe.

Desde luego, la constante presencia del guardián quizá era un poco incómoda por momentos. Un escritor griego llamado Arístides registró algunas de las frases utilizadas por los tutores para corregir a sus pupilos. «¡No comas hasta hartarte!» «¡No hagas tanto ruido!» «Cuando estés en la calle, ¡camina en forma decente!»[2] ¿No te parecen conocidas algunas de esas expresiones?

Sin tomar en cuenta lo confiable que podría ser un tutor, siempre llegaba el momento en el que un joven debía madurar y convertirse en un adulto independiente. El objetivo final de los padres era que los jóvenes dejaran de necesitar el cuidado y la dirección de un tutor. Pablo utilizó aquel ejemplo con el fin de ilustrar la forma en que Dios desea que dejemos de ser supervisados por la ley para llegar a una madurez espiritual y a una libertad en Cristo Jesús mediante la fe.

PARA COMENTAR

Dios desea que dejemos de ser supervisados por la ley.

---

1. Ben Witherington III, Grace in Galatia: *A Commentary on St Paul's Letter to the Galatians* (Edimburgo, T&T Clark, 1998), pp. 264, 265.
2. F. F. Bruce, Commentary on Galatians: *New International Greek Testament Commentary* (Exeter: Pasternoster Press, 1982), pp. 182, 183.

miércoles
9 de noviembre

Cómo actuar

Obteniendo una licencia de conducir

Romanos 3: 21-24; 6: 23; 10: 8, 9; Gálatas 3: 21, 24; Apocalipsis 3: 20

Nadie puede montarse de improviso en un auto y salir de viaje sin poseer una licencia de conducir. Para llegar a ser un buen conductor es necesario dar algunos pasos. Los mismos también ilustran la forma en que podemos crecer en nuestra relación con Jesús.

Primero. Obtener un permiso de aprendizaje. Cuando obtuve mi permiso no tenía tantos deseos de aprender a manejar. Pasaron cinco años antes de que tomara la primera clase de conducir. Yo me mantenía renovando dicho permiso, presentando una y otra excusa hasta que los encargados me dijeron que ya no podía seguir haciéndolo. Asimismo, conocer a Dios implica que debemos tener el deseo de hacerlo. Quizá tengas muchas oportunidades para lograrlo, pero te falta el deseo. Sin embargo, no debes buscar excusas ni tampoco demorarte (Apoc.3: 20).

El Espíritu Santo te ayudará a crecer.

Segundo. Aprende y practica. Tu instructor te enseñará todo lo necesario para que aprendas a conducir un auto. Es muy importante que también aprendas a reconocer las señales de aviso y las normas vigentes, porque todo ello contribuirá a tu seguridad. La senda cristiana también tiene señales y normas: los mandamientos de Dios. Su ley que permitirá caminar en forma segura durante toda tu vida. De esa forma no sufrirás ningún accidente que implique una pérdida de dinero, de tu reputación o incluso de tu vida (Gál. 3: 24).

Tercero. Escoge cuidadosamente tu ruta. ¡Felicitaciones! Has aprobado el examen y ahora tienes una licencia de conducir. Conoces las reglas así como el significado de las señales. Ellas te ayudarán a llegar a tu destino y al obedecerlas te conducirán con seguridad.

De igual modo, los mandamientos de Dios tienen la importante tarea de guiarte con el fin de que seas justificado o justificada, y salvado o salvada mediante su gracia. Cuando tengas fe en el sacrificio de Jesús alcanzarás la salvación (Rom. 3: 21-24; 10: 9; Gál. 3: 24).

PARA COMENTAR

1. Explica qué papel desempeñan en tu salvación Dios el Padre, Jesús y el Espíritu Santo. ¿Por qué es importante cada una de esas funciones?
2. Algunas veces mientras estamos conduciendo un auto nos dejamos distraer por el teléfono o por la música. Esas distracciones podrían provocar un accidente. ¿Qué distracciones podrían hacer que te olvides de Cristo?

Ana Lotawa Turaganitabua, Burerua, Tailevu, Fiji

Gálatas 3: 24

Opinión
Aprendiendo a leer un mapa

Las leyes pueden ser consideradas desde varios ángulos. Un joven delincuente podría considerarlas como un conjunto arbitrario de normas destinadas a interferir con su gozo o disfrute de la vida. Un ciudadano común y corriente probablemente considera a la ley como algo que frena a los maleantes para que no secuestren niños o asalten bancos. Para la policía, la ley es algo que los respalda en su preservación del orden. Para criminales convictos, sin embargo, la ley es un instrumento de condena.

Dios no nos deja solos para que observemos su ley por nosotros mismos.

Si uno pudiera evaluar los diferentes aspectos de la ley podríamos ver que es algo más que un conjunto de preceptos negativos acompañado de multas, penas de cárcel e incluso la muerte. La ley es un reflejo de la sociedad que la promulga y expresa sus valores además de la forma en que la mayor parte de sus ciudadanos considera que la gente debe actuar. Es notorio que la mayor parte de las sociedades civilizadas cree que la gente no debe mentir, engañar, robar, matar o cometer adulterio.

La definición que Dios hace de un ser humano decente es muy parecida a la nuestra. Por otro lado, C. S. Lewis considera que Dios es «Algo o Alguien que está detrás de la ley moral», y que es responsable de todo sentido interno ético que poseamos. Además, la ley de Dios representa un modelo de lo que debería ser la vida cristiana. Debido a que somos sus representantes en la tierra él no quiso que estuviéramos haciéndonos conjeturas. Más bien, nos dio su ley para que la utilizáramos como un mapa de ruta.

Dios no nos deja solos para que observemos su ley por nosotros mismos ya que él sabe que eso es algo imposible. Cuando lo invitamos a que entre nuestras vidas él nos muestra que «Para los hombres es imposible —aclaró Jesús, mirándolos fijamente—, mas para Dios todo es posible» (Mat. 19: 26).

Haríamos bien en reclamar esa promesa.

PARA COMENTAR

1. La mayor parte de la gente en el mundo secular no reacciona en una forma legalista respecto a las leyes de su país. ¿Por qué entonces nosotros, a menudo reaccionamos en esa forma respecto a la ley de Dios?
2. ¿Cómo podríamos contemplar realmente a ese alguien que está detrás de la ley en la Biblia, sin que nos obsesionemos con la misma, o la abandonemos?

---

*C. S. Lewis, *Mero cristianismo*.

viernes
11 de noviembre

Exploración

Gálatas 3: 21-26

Compatibilidad entre la ley y la fe

PARA CONCLUIR

¿Te identificas como cristiano o cristiana sobre la base de tus prácticas religiosas? ¿O acaso encuentras tu identidad en Cristo? De eso les hablaba Pablo a los gálatas. Su entrada a la iglesia no debía ser a través de la observancia de determinadas prácticas y tradiciones. Sin embargo, los creyentes de origen judío deseaban que los gentiles demostraran su afiliación religiosa al adoptar ritos como el de la circuncisión. ¡Y los gálatas les estaban haciendo caso! Tremendo, ¿verdad? Bueno, ¡quizá no lo sea! En ocasiones, quizá nos hayamos convertido en esclavos de la ley, y todo porque nuestra fe comienza a flaquear. Comenzamos a dudar de que la gracia y la justicia de Cristo sean suficientes, por lo que nos disponemos a ayudarlo. No obstante, el evangelio de la cruz es de tal naturaleza que nuestra aceptación en la familia de Dios se logra únicamente a través del sacrificio de Cristo.

Las fuerzas para vivir libres del temor y la culpa que se asocian con el intento de guardar la ley están vinculadas con su sangre y con su Espíritu; dos elementos que nos ayudan a vencer al pecado apoyándonos en su victoria en la cruz. ¡Esa es nuestra esperanza y fortaleza!

CONSIDERA

- Hacer una lista de las diferentes prácticas y costumbres que como cristiano o cristiana adventista sigues o implementas. Escríbela en una de las caras de una hoja de papel. Luego, en una columna aledaña enumera todo lo que Cristo ha hecho por ti. ¿Cuál de las dos listas es más extensa? ¿Cuál de las dos listas implica una mayor seguridad personal respecto a tu relación con Dios?
- Escribir un párrafo acerca de tu conversión. Incluye lo que pensabas cuando conociste Cristo y cuando depositabas tus pecados a sus pies. Luego menciona la forma en que has podido equilibrar la obediencia a la ley de Dios, y tu fe.
- Compartir lo que has escrito anteriormente con tu grupo de estudio de Escuela Sabática o con algún amigo o amiga.
- Identificar algunos himnos que hablen acerca de la fe y de la victoria. ¿Qué elementos comunes observas en las palabras de ellos? Trata de cantar o de tararear algunos de dichos himnos. Además, si tienes talento musical trata de añadir algunas estrofas a uno de los himnos anteriores, alabando Dios por lo que ha hecho por ti.

PARA CONECTAR

Fritz Ridenour, *How to Be a Christian Without Being Religious*.

Jean A. Kellner, Fulton, Maryland, EE. UU.